***Pensamiento al margen*. Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 15 (2022), pp. 88-98.
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Deseo y nostalgia de futuro, notas sobre la emancipación en Mark Fisher.

Jorge Lago Blasco*
(Universidad Carlos III de Madrid)

Recibido: 14/11/21 Aceptado: 11/12/21

Resumen: En este artículo se explora la mutación histórica de los años 70 y 80 que da lugar a la hegemonía neoliberal desde un punto de observación acotado: la articulación fallida o un diálogo frustrado entre los espacios y prácticas de la cultura popular modernista y aquellos de la izquierda organizada. Una desconexión, por tanto, entre los imaginarios políticos emitidos desde el mundo del trabajo y aquellos producidos o explorados desde el modernismo contracultural. Se analiza así esta desconexión como el origen de una brecha afectiva y política -hasta el momento definitiva- en torno a lo que podríamos cercar como la tríada trabajo, identidad y emancipación.

Palabras clave: neoliberalismo, cultura popular, fordismo, emancipación, identidad.

Desire and nostalgia for the future, notes on emancipation in Mark Fisher.

Abstract: This article explores the historical mutation of the 1970s and 1980s that gives rise to neoliberal hegemony from a narrow point of observation: the failed articulation or frustrated dialogue between the spaces and practices of popular modernist culture and those of the organised left. A disconnection, therefore, between the political imaginaries issued from the world of work and those produced or explored from countercultural modernism. This disconnection is thus analysed as the origin of an affective and political gap -until now definitive- around what we could call the triad of work, identity and emancipation.

Keywords: neoliberalism, popular culture, Fordism, emancipation, identity.

Sumario: 1. El nosotros y el neoliberalismo. 2. El trabajo de un duelo por hacer. 3. Empecemos por el trabajo... 4. … y sigamos por una entidad escindida. 5. Y terminemos por una forma de temporalidad política. 6. El final de una ilusión. 7. El espíritu del 45 y la arquitectura temporal fordista. 8. Más allá del reconocimiento y la redistribución. 9. Una nostalgia reflexiva. 10. Sobre la ilusión de inmediatez contracultural. 11. La preparación cultural del futuro. 12. Deseo postfordista y neoliberalismo. 13. Referencias.

* jorgelago@gmail.com

> "La historia de cómo la contracultura fue cooptada por la derecha neoliberal es ahora familiar, pero el otro lado de esta narrativa es la incapacidad de la izquierda para transformarse a sí misma frente a las nuevas formas de deseo a las que la contracultura dio voz" (Fisher, 2013: 6).

1. El nosotros y el neoliberalismo

Centraré las páginas que siguen en la propuesta circular que contiene esta frase de Fisher, es decir, en preguntarme por la relación que mantiene un relato familiar - demasiado familiar- del origen y las razones del neoliberalismo con aquello que esta familiaridad (vale decir, esta suerte de nosotros que se reconoce y por tanto identifica a través del relato que enuncia) tendería a ocultar (su incapacidad, dice Fisher, no solo de hacerse eco de mutaciones históricas en el deseo y sus objetos, sino de aceptar la transformación de sí que necesariamente se seguiría de acoger o responder a esas nuevas formas de deseo).

Es este desfase entre una pertenencia ya demasiado familiar y aquello que temporal y espacialmente la excede lo que se nos presenta como el lugar de un doble trabajo, conceptual y práctico, que pasaría por aceptar el neoliberalismo como se acepta una pérdida, para adentrarse en el duelo al que necesariamente obligaría. Aceptarlo, sí, pues es prerrequisito para comprenderlo como expresión (perversa, desviada, capturada, invertida o negada… adjetívese como se prefiera) de un deseo tan propio como ajeno. Si el neoliberalismo se nos puede acabar presentando, tal y como afirmaba Jeremy Gilbert y recoge Fisher, como "el mundo al que todos le teníamos miedo, pero (que) de algún modo es también el mundo que queríamos" (Fisher, 2019: 54), se vuelve una necesidad teórica entendernos en relación con él, mostrar qué expresó tanto de nuestro deseo como de nuestra impotencia.

Por un lado, pues, la familiaridad propia de los relatos, símbolos y formas de identificación de una suerte de sujeto en descomposición (llamémosle izquierda). Por el otro, sin embargo, una quiebra y una ausencia (que excede las fronteras de ese sujeto sin poder, ni querer, romper del todo con él). Entre un lado y otro de esta tensión irresuelta, la posibilidad de arrojar luz sobre el origen, las razones o las condiciones de posibilidad de la contrarrevolución neoliberal. Y todo ello con un propósito, acaso una necesidad exigida por el trabajo del duelo: la de elaborar afectivamente, para dejar atrás, una estructura de sentimiento que da cohesión, al tiempo que corre el riesgo de asfixiar, a los miembros de esta familia en crisis: la autocomplacencia y lo exculpatorio de su discurso frente al neoliberalismo. O esa mezcla de melancolía (Brown, 1999) e histeria (Žižek, 1991) que han terminado por construir un refugio (acaso una ciénaga) para la impotencia en la forma de una identificación con la propia imposibilidad política. O, si se prefiere, la derrota (frente al neoliberalismo) como seña de identidad, vale decir, la victoria de lo siempre otro como alteridad desde la que nombrarse e identificarse.

2. El trabajo de un duelo por hacer

El interés indudable de Mark Fisher es que no solo permite ir más allá de este juego de identificaciones negativas -autocomplacientes o exculpatorias- propias de buena parte de las izquierdas, sino que lo hace sin la necesidad de renegar para ello de un claro sentimiento de pertenencia. No es una ruptura edípica lo que se propone para afrontar este trauma familiar, sino más bien un duelo en el que Fisher trabaja o, mejor, permite a sus lectores trabajar, de cara a la desestabilización de las fronteras mismas que definen el

adentro y el afuera de la identidad familiar. Y para acabar mostrando que lo que se identifica en el Otro neoliberal no solo no es ajeno al nosotros familiar de la izquierda, sino que solo desde la identificación y aceptación de aquello que ese Otro contiene de uno mismo, del juego de espejos entre el nosotros y el otro (o del yo mismo como parte de ese Otro), podremos reanudar el deseo y su articulación política.

Otra mirada sobre las condiciones de posibilidad del neoliberalismo, esa es la lectura que haré aquí de Fisher, que no es sino otra lectura de un nosotros que se construye en la relación con el neoliberalismo como su alteridad. O, si se prefiere, y por decirlo en la estela de Stuart Hall, se trataría de la necesaria comprensión del auge del thatcherismo y del neoliberalismo como inseparables del diagnóstico crítico de los límites de la izquierda organizada.

De forma que, frente a una lectura del origen, despliegue y hegemonía del neoliberalismo como una suerte de pura exterioridad en disputa antagónica contra un sujeto pleno, es decir, frente a un nuevo pero repetido relato del neoliberalismo como una ofensiva desde fuera y desde arriba, que cooptaría o anularía a una identidad o un sujeto ya dados y de alguna manera suturados o cerrados sobre sí mismos, lo que estaría proponiendo Fisher es extraer las lecciones, nunca del todo atendidas por las izquierdas, de aquella máxima de Stuart Hall de que "la izquierda esperó pacientemente a que se reanudaran los viejos ritmos de la lucha de clases, cuando de hecho eran las formas mismas de la lucha de clases las que estaban siendo transformadas" (Hall, 2018: 269) sin que ese sujeto familiar fuera capaz de responder a esa reconfiguración. Una crisis del sujeto y un sujeto en crisis.

Podemos formular la manera en la que Fisher identifica y mapea esta crisis como una suerte de articulación fallida o un diálogo frustrado entre los espacios y prácticas de la cultura popular modernista y aquellos de la izquierda organizada. Una desconexión, por tanto, entre los imaginarios políticos emitidos desde el mundo del trabajo y aquellos producidos o explorados desde el modernismo contracultural. Es esta desconexión la que acabará abriendo una brecha afectiva y política -hasta el momento definitiva- en torno a lo que podríamos cercar como la tríada trabajo, identidad y tiempo.

3. Empecemos por el trabajo…

Si la izquierda organizada (partidos, sindicatos, intelectuales orgánicos) hacía pivotar sus imaginarios políticos en una ontología dual del trabajo, desplegado ora como actividad productiva (autorrealización, actividad laboral como metabolismo del hombre con la naturaleza, identidad como identificación con la materialidad propia de las tareas productivas, desalienación y repertorio de demandas englobadas en lo que Boltanski y Chiapello denominaron crítica artista), ora como empleo (estabilización de las trayectorias de vida mediante su inscripción en puestos de trabajo asalariado que habilitan para el reconocimiento, la participación política y la integración socio económica, y desde los que se despliegan las formas de crítica "social", por seguir con la categorización de Boltanski y Chiapello), Fisher encuentra en algunas de las manifestaciones de la cultura popular una exploración y una anticipación de formas de vida construidas más allá de esta doble ontología: futuros postlaborales, formas de autorrealización y construcción de la identidad más allá de las rutinas y las clausuras de la repetición fordista, y de sus expresiones normativas asociadas de deseo, sexualidad y familia. Imaginarios sostenidos, por tanto, en una idea de libertad y de liberación necesariamente construidas en los márgenes, o directamente al margen, de la actividad productiva y sus modalidades de regulación social.

4. …y sigamos por una identidad escindida

Si el desencuentro o la articulación fallida entre los imaginarios políticos y los modos de representación cultural proporciona un punto de observación desde el que dar cuenta de la mutación histórica del último tercio del siglo XX, seguramente podamos interpretar el sentido y dirección de esta mutación desde una contradicción o tensión que considero constitutiva de las luchas por la emancipación y de la temporalidad histórica que indefectiblemente despliegan: la que contrapone identidad y diferencia o, si se prefiere, afirmación y transformación de las identidades sociales. Es decir, la tensión paradójica que anida entre la afirmación y búsqueda de reconocimiento de una identidad (individual o colectiva) que tiende a construirse políticamente desde un horizonte (acaso un deseo) de superación o negación de esa misma identidad.

5. Y terminemos por una forma de temporalidad política

Esta dialéctica sin síntesis entre la identidad y su negación (o diferencia) se traducía, en el caso de los movimientos obreros y las luchas de clases, en la afirmación y búsqueda de reconocimiento de un sujeto y un lugar social (las posiciones de clase, la identidad obrera, el *ethos* productivo, las condiciones de trabajo y vida exigidas y conquistadas desde y para esos espacios sociales) y en una lucha política atravesada por un horizonte de sentido que se construía desde el deseo de trascender (negar, abandonar o superar) ese mismo lugar o posición social (en favor, claro, de una sociedad sin clases, por ejemplo, o de un horizonte progresivamente liberado del trabajo, de la necesidad y de la producción, tal y como las distintas narrativas futurizadas de la revolución o la reforma proyectaban).

6. El final de una ilusión

Si no parece inverosímil que necesitemos afirmarnos para dejar de ser, que tomemos las categorías normativas que nombran y producen la ordenación y subordinación de las poblaciones (obrero, mujer, negro, gay, trans…) como goznes afirmativos de una identidad (y de un sujeto político) que, no obstante, busca e imagina en el transcurso de su afirmación y búsqueda de reconocimiento, de sus luchas y demandas políticas, trascender ese orden de posiciones y, con él, las mismas categorías que lo nombran y construyen (un más allá de la dualidad capital/trabajo, del binarismo propio del sistema sexo-género-deseo, de la construcción racializada de las poblaciones…), si, en definitiva, podemos identificar esta contradicción en movimiento entre identidad y diferencia como una constante de las luchas por la emancipación, se vuelve fundamental entender el diagnóstico de Fisher sobre la mutación histórica de los años 60-90 como el de una progresiva disolución de esa tensión, y de la consiguiente incomunicación de las dos lógicas sociales que la constituían en ese momento histórico: por un lado, la afirmación sin un horizonte de transformación de la identidad y las luchas obreras; por otro, un deseo de fuga y superación de esas mismas identidades obreras mediante la exploración contracultural de un modernismo popular desprovisto de una traducción o articulación en las mismas políticas que buscaban representar las demandas y luchas obreras. Entre un espacio social y otro, entre identidad y diferencia, una ausencia, una falta o una quiebra.

7. El espíritu del 45 y la arquitectura temporal fordista

Para explorar cabalmente las razones de esta ausencia convendría entender quizá las formas en que esta tensión entre identidad y diferencia se declinaba históricamente en una dirección u otra de sus polos constitutivos, o se "resolvía" narrativamente en la

proyección de unos u otros horizontes de sentido. La manera, por ejemplo, en que el llamado espíritu del 45 respondía a esta tensión entre las demandas obreras autoafirmativas y la proyección de horizontes y deseos de transformación y movilidad social. La traducción, en suma, que las distintas modalidades nacionales de la arquitectura temporal fordista hacía de esta tensión mediante la articulación de una equivalencia entre el tiempo de vida de los sujetos y el tiempo de la historia, vale decir, la lógica equivalencial por la que se nombra la coincidencia, en dirección y sentido, entre las vidas y tiempos del trabajo, por un lado, y el crecimiento económico, el progreso social y la concomitante ampliación del Estado, por el otro. La sujeción de los tiempos de vida a los espacios productivos y de consumo se acompañaba así, como su otra cara de Jano, de una integración de los horizontes de transformación social en la colonización misma del futuro (reducción y socialización de los riegos mediante la aseguración pública de las trayectorias de vida y de las férreas jerarquías sociales en las que se asientan) por un Estado en permanente crecimiento.

También es necesario contemplar las formas por las que el deseo de trascendencia de las posiciones e identidades sociales ocupadas se desplazaba progresivamente de las gramáticas de la revolución -como un momento siempre desplazado, como un futuro que no podía nunca empezar-, a la temporalidad progresiva no solo de la socialdemocracia y los Estados del bienestar (con su presupuesta igualdad de oportunidades y una movilidad social ascendente que confirmaba el orden de posiciones a cambio de prometer una mejora para el conjunto de las poblaciones socialmente integradas), sino de la temporalidad generacional, vale decir, el intercambio, en una suerte de contrato social nunca escrito ni explicitado, del sacrificio presente de las generaciones de posguerra en favor de formas futuras de movilidad social, pero también de fuga del destino fordista, de los hijos nacidos de aquella generación, es decir, una socialización del sacrificio (paralela a la socialización de los ingresos salariales) que permitía imaginar no solo una mejora colectiva de las condiciones de vida de las generaciones presentes, sino de la formación, la educación, el ocio y el consumo cultural de la generación de los hijos, de forma que pudieran liberarse del orden de posiciones e identidades sociales fijas que prometían como un destino inevitable los tiempos de vida del fordismo.

De forma que esta arquitectura temporal responde, y por tanto incorpora, las demandas de aseguración y afirmación de las vidas e identidades obreras tanto como las condiciones materiales e institucionales de posibilidad para un modernismo cultural que, en algunas de sus manifestaciones, expresaba y daba salida al deseo contradictorio de fuga de, o ruptura con, esa misma arquitectura temporal. Si así se "resolvía", mediante un desplazamiento temporal del deseo, el hiato propiamente moderno entre el campo de la experiencia y el horizonte de la expectativa (Koselleck, 2001), Fisher va a situar el colapso de esta tensión entre identidad y diferencia, y de la temporalización futurizada o modernizadora que proyectaba, en la incomunicación misma que se produce entre las gramáticas de las izquierdas laborales, replegadas progresivamente en la afirmación de sí de las vidas obreras, y las formas de exploración y experimentación de las vanguardias y contraculturas que, antes de ser cooptadas o anuladas por la industria cultural o la mercantilización neoliberales, habían quedado huérfanas tanto de marcos discursivos en los que traducir o articular políticamente sus imágenes del futuro y formas de deseo, como de sujetos políticos amplios que las sostuvieran y hegemonizaran.

8. Más allá del reconocimiento y la redistribución

Es en este marco en el que quizá podamos resituar y abordar mejor, entre otras cuestiones, el sempiterno debate entre reconocimiento y redistribución, o entre las políticas de la

identidad y aquellas supuestamente materiales, así como todo el juego de desplazamientos históricos que estos dilemas pretenden identificar. De entrada, y por lo dicho hasta ahora, empieza a ser quizá evidente que una de las formas más depuradas de política de la identidad que emerge en el ciclo político de los años 60 y 70 del pasado siglo puede ser identificada, precisamente, en la política de clase tal y como es representada por el laborismo inglés, encerrado a partir de ese momento, según diagnosticara desde finales de los años 70 Stuart Hall, en un discurso autorreferente o autoafirmativo, cerrado por tanto a la exploración de formas de transformación de sí, al diálogo con otros espacios sociales y otras formas colectivas que emergían desde el campo popular. O, como también señalara años más tarde Judith Butler en su ya clásico "El marxismo y lo meramente cultural (Butler, 2016), en referencia a las distintas formas de ortodoxia izquierdista, eran precisamente estas políticas de la identidad (izquierdista) las que promulgaban o decretaban la necesidad de una unidad (del discurso, el sujeto y el horizonte de emancipación) que solo había existido como un deseo retrospectivo de un sujeto en crisis o descomposición; amén de que, paradójicamente, este mandato de unidad acababa siendo responsable de expulsiones, deserciones y fugas, cada vez más frecuentes y realizadas, precisamente, en y por las distintas formas de activismo político y exploración contracultural que, animadas por un deseo de transformación o deconstrucción de las identidades heredadas, no encontraban en las gramáticas de las izquierdas organizadas posibilidad alguna de diálogo, articulación o intersección.

Estas formas contraculturales acabaron así expresándose desde lógicas temporales paradójicas, cuando no cortocircuitadas, en la medida en que quedaban atrapadas en una suerte de revolución sin horizonte ni sujeto revolucionarios, y en una reforma constante de sí sin formas institucionales o colectivas en las que cristalizar. Ni la forma partido o sindicato, replegadas ambas a la afirmación de una identidad que pretendía constituirse como unidad de un cuerpo social excesivamente heterogéneo como para encajar en sus marcos totalizadores, ni las formas contraculturales, enfrascadas en una fuga de sí sin relatos ni sujetos políticos capaces de hacer de sus formas de deseo prácticas culturales y modos de vida hegemónicos, parecían a la altura del desafío histórico al que se enfrentaban. Era así el propio impulso modernizador de las luchas por la emancipación, aquel que mediante la tensión entre la afirmación de las identidades presentes y la apertura de horizontes de transformación había imaginado futuros alternativos más allá de la necesidad y la repetición, el que se adentraba en una profunda crisis para la que los apelativos de posmodernidad u ofensiva neoliberal resultan excesivamente simplificadores.

9. Una nostalgia reflexiva

Una simplificación que conduce necesariamente a formas de representación demasiado habitualmente constreñidas por los imaginarios incomunicados que componen cada uno de los dos polos de esta relación rota, es decir, por una inevitable imaginación nostálgica. Por un lado, las demandas, necesidades y luchas obreras quedan en esta mirada nostálgica desligadas de las formas en que estas mismas demandas y luchas imaginaban y se abrían a la exploración de futuros que quedaron trágicamente irrealizados. La nostalgia tiende así a reducir o encapsular en la pura materialidad la representación de las vidas obreras, como si las identidades forjadas en torno al trabajo fuesen incapaces de pensarse más allá de la mera necesidad, o como si las formas colectivas de vida que generaron fueran el simple y pobre reflejo de una estructura ya dada por las relaciones de producción.

Lo que hoy constituye el objeto de la falta que estructura necesariamente toda imaginación nostálgica acaba proyectado en las condiciones de vida del fordismo y no,

precisamente, en la posibilidad que tenían esas vidas de imaginarse más allá de los límites del trabajo, de las rutinas y los horizontes de vida circunscritos a los espacios laborales. Una nostalgia del pasado como un espacio acotado en el tiempo, incapaz por tanto de hacerse cargo de los futuros de liberación imaginados y articulados en cada uno de esos pasados. Y una nostalgia que condena así, y de forma siempre retrospectiva, a los deseos de transformación o emancipación a quedar circunscritos al interior de los muros de las fábricas, a los barrios obreros de las grandes metrópolis, a los procesos laborales, al tiempo que condena o desprecia el sacrifico de las vidas de trabajo de unas generaciones que imaginaban -como desplazamiento de la temporalidad futurizada de la revolución a la de las lógicas generacionales y familiares- un más allá de sus condiciones y horizontes de vida en los de las nuevas generaciones.

Amén de que el neoliberalismo se definió precisamente desplazando este sacrificio generacional propio del fordismo a un sacrificio individual sin más horizonte de transformación que la revolución permanente del sujeto, es decir, del mandato del "hazte a ti mismo" que caracteriza la lógica de la valorización capitalista de la subjetividad. Es decir, una suerte de conversión neoliberal de la lógica sacrificial al perímetro del sujeto y a la consiguiente negación de sus propios deseos en pos del aumento constante de su valor. Claro que esta lógica perversa de la inversión capitalista en uno mismo, de la subsunción de los tiempos y deseos del sujeto al incremento de su valor como capital humano, no deja de ser la otra cara trágica de la inmensa dificultad con la que se encontraron los hijos del fordismo para materializar los imaginarios postlaborales o postfordistas que buscaba indirectamente el sacrificio laboral de sus padres.

En cuanto a las formas creativas de las vanguardias culturales de los 70 y 80, sabemos por Jameson (1991) que quedaron atrapadas, también, en una forma de representación nostálgica o, como la redefiniera Fisher, en la lógica creativa de la retromanía. Vale decir, en una repetición formal o estilística desprovista, precisamente, del impulso modernizador, de la exploración, la apertura, la indagación de futuros formales y vitales alternativos. De nuevo estamos ante una inversión de forma y contenido por la que la imaginación nostálgica acaba repitiendo estilos y formas creativas congeladas y, por tanto, desprovistas, precisamente, de aquello que las hacía capaces de abrir las identidades y las formas de comprensión y exploración de horizontes futuros.

No hay en Fisher, quizá convenga recordarlo, una nostalgia por las formas culturales que recorre y analiza, por los estilos, grupos, sonidos o imágenes de su propio pasado o de su educación sentimental sino, de nuevo, por el impulso modernizador que las animaba, es decir, como soportes para imaginar y explorar el futuro, para abrir o desestabilizar las identidades sociales a las que interpelaban, por la potencia de transformación que contenían. Vale decir, por el modernismo democrático que estas formas culturales expresaban.

Conviene quizá hacer aquí uso de la distinción que propone Svetlana Boym en *El futuro de la nostalgia* entre las formas restauradoras de la imaginación nostálgica, es decir, aquellas que anhelan "la reconstrucción del hogar perdido" (Boym, 2015: 19) como el lugar de un pasado tan imaginado como idealizado, y la nostalgia reflexiva que, "más preocupada por el recuerdo cultural e individual", "no pretende reconstruir un lugar mítico llamado hogar". Esta nostalgia reflexiva está, dice Boym, "enamorada de la distancia, no del referente en sí" y, precisamente por ello, los nostálgicos de esta forma reflexiva de recuerdo "son conscientes de que existe un vacío entre la identidad y la semejanza". "Esta falta de familiaridad -nos recuerda Boym-, esta sensación de distancia", es la que "impulsa a este tipo de nostálgicos a contar su propia historia, a narrar la relación que existe entre el pasado, el presente y el futuro". Es más, saben que en el pasado "se

despliega una infinidad de acontecimientos potenciales, posibilidades no teleológicas del desarrollo histórico" (Boym, 2015: 84).

Es esta necesidad de acudir al pasado para dar cuenta de las posibilidades no realizadas la que anima la mirada de Fisher, que lejos de quedar atrapado en una suerte de nostalgia restauradora, está profundamente atravesado por esta ambivalente o reflexiva forma de recuerdo, una nostalgia, acaso, del impulso modernizador que pudo, ay, trenzarse entre las izquierdas y las contraculturas, entre la repetición y la diferencia, entre la necesaria afirmación de unas identidades que se imaginaban más allá de si mismas.

10. Sobre la ilusión de inmediatez contracultural

Pero conviene también aclarar que tampoco es la de Fisher una propuesta apoyada en una epistemología dicotómica por la que se pretenda reproducir o defender una oposición binaria entre, por un lado, una apertura de horizontes necesariamente propia a la cultura popular y, por el otro lado, el mero cierre identitario obrerista de las izquierdas organizadas en torno al trabajo. Hay una exploración mucho más fina, o ambivalente, en la obra de Fisher de las formas de operar de ambos espacios, de las contradicciones o tensiones internas que los atraviesan; una lectura deudora -o en cualquier caso heredera- de las necesarias ambivalencias que Gramsci siempre identificó en la cultura popular, atravesada según el sardo tanto por deseos y afectos emancipadores como reaccionarios o conservadores.

No está Fisher habitado, por tanto, por ninguna ilusión inmanentista en la potencia subversiva de una cultura popular auto generada que represente una alternativa a las lógicas de la representación y la opresión, como tampoco ubica el deseo (de transformación, de fuga, de ruptura) en una suerte de falta constitutiva necesariamente antagonista o anticapitalista. Fisher busca, más bien, entender, quizá en la estela de Deleuze y Guattari pero aterrizada en la fenomenología sociológica de los estudios culturales, las formas propiamente sociales, por tanto también capitalistas, de construcción del deseo, tanto de sus mutaciones históricas como de sus posibilidades políticas y emancipatorias.

Es más, hay en el último Fisher, en esas sesiones trágicamente interrumpidas que compusieron *Deseo postcapitalista*, un recorrido por las lógicas de la inmediatez vanguardista, por la impaciencia de las ficciones contraculturales que pretendían una "revolución social y psíquica de una magnitud sin precedentes" (Fisher, 2021: 35). Una crítica, por ejemplo, de las formas de rechazo a la familia en el mismo momento, podríamos añadir de la mano de Selina Todd (2018), en el que las familias de posguerra habían procedido a ese sacrificio de clase, el de toda una generación de padres y madres, en favor de la movilidad, transformación o superación de los horizontes de clase de unos hijos que, en sus declinaciones contraculturales más inmediatistas, acabaron rechazando sus mismas condiciones sociales y psíquicas de posibilidad. Y todo ello en esa inflexión discursiva, afectiva y económica que llevó a Margaret Thatcher a situar y encumbrar a la familia tradicional como sostén de su propio programa de modernización regresiva (Hall, 2018).

También da cuenta de esta atención cuasi fenomenológica a la tensión entre identidad y diferencia el incisivo recorrido que dedica Fisher al también profundamente ambivalente y contradictorio deseo de fuga de clase expresado, por ejemplo, en las letras y actitudes del Paul Weller de The Jam, o en The Fall y Mark E. Smith, y del peligro que suponía para toda una generación de creadores salidos de entornos obreros de acabar atrapada entre la pura afirmación del impulso creativo nacido de la rabia de una identidad de clase autoconsciente, y la mera asimilación cultural e integración individual en que

podía acabar traducido ese deseo de fuga. ¿Cómo superar el destino de clase sin negar al mismo tiempo la identidad como fuente creativa y expresiva? ¿Y cómo hacerlo, precisamente, en ausencia de un diálogo entre las expresiones contraculturales y las narrativas de la izquierda capaz de articular esos dos espacios en tensión?

11. La preparación cultural del futuro

Si la cultura musical jugó un papel central en "la preparación de la población para gozar de un futuro que ya no era blanco, masculino, heterosexual, un futuro en el que la renuncia a las identidades que fueron en todo caso ficciones pobres sería un afortunado alivio" (Fisher, 2019: 56), es claro que hizo también lo contrario. La cultura popular se presenta, por tanto, como un campo atravesado de fricciones, posibilidades políticas progresivas y reactivas, de aperturas de lo posible y de cierres en falso. Así, mientras la música del binomio Oasis y Blur "estaba diseñada para tranquilizar las ansiedades de los varones blancos en el momento en el que todas sus certezas se derrumbaban (identidad de clase, relaciones sexuales, identidad étnica)" (Fisher, 2019: 74), Tricky parecía en cambio representar una búsqueda de la diferencia por la que "se vuelve menos que uno, un sujeto dividido cuya integridad nunca podrá ser restaurada" y en el que el género, ya no la clase, "se convierte en un espacio inestable en el que la subjetividad continuamente se desliza entre la voz masculina y la femenina" (Fisher, 2019: 77).

Esas búsquedas que daban forma al futuro, que lo anticipaban o performaban, aparecían ya como fragmentos sin estructura, carentes de un relato que los acompañara o articulara en procesos culturales o políticos más amplios. Quedaban, pues, desprovistos de la tensión que el fordismo había sido capaz de trenzar institucionalmente, sin duda para desactivarla políticamente, entre la afirmación y la transformación de las identidades sociales. Sin esa conexión o articulación, no solo quedaba la izquierda replegada sobre sí misma, sino que era también la fuente creativa del modernismo popular la que se iba a su vez apagando. Como ya anticipara Jameson y se señalaba unas páginas arriba, las vanguardias y contraculturas dejaron de ser modernistas, vale decir, de tener el poder de performar o representar una idea coherente del tiempo presente como resultado de una anticipación hegemónica de las formas culturales del futuro.

12. Deseo postfordista y neoliberalismo

Sabemos, además, que esta pérdida de empuje modernizador de las contraculturas entró en una espiral de retroalimentación negativa por la que las ulteriores transformaciones económicas y políticas del neoliberalismo segaron sus condiciones materiales de posibilidad, las de unos Estados del bienestar con los que mantuvieron una relación necesariamente ambivalente: si habían generado las condiciones de posibilidad de la cultura popular modernizadora (una televisión pública, alquileres asequibles, tiempo liberado de la valorización mercantil, educación pública gratuita, espacios colectivos de socialización), lo hacían bajo lógicas burocráticas o autoritarias y, sobre todo, sostenidas en la estabilización forzosa de la misma arquitectura temporal que se pretendía trascender o derribar.

La ofensiva neoliberal a los Estados del bienestar, y esta es la última lección de la obra de Fisher que quería proponer aquí, debería quizá repensarse desde esta ambivalencia tanto de la crítica desde abajo a los Estados del bienestar como de las formas del deseo que las contraculturas expresaron sin eco en las izquierdas organizadas. ¿Podemos comprender la inflexión neoliberal a finales de los años 70 del pasado siglo sin atender a cómo se relaciona, e incluso responde, a estas formas de un deseo postfordista o postlaboral? Cuando la izquierda sigue analizando el neoliberalismo como una mera

ofensiva desde arriba a las conquistas de la izquierda organizada, por más verdad histórica que contenga este análisis parcial, ¿no procede al mismo tiempo a borrar las huellas de su propia dificultad o incapacidad para responder a esas formas de deseo? ¿No es ese olvido de su propia esclerosis ideológica y práctica el que lleva a comprender los deseos de transformación contracultural como meros reflejos individualistas y narcisistas del nuevo orden neoliberal? Es decir, como el deseo que anida en una "sociedad permisiva", tal y como calificara Jim Callaghan a finales de los 60, entonces secretario general del Partido Laborista inglés, a la lógica cultural que supuestamente subyacía en los imaginarios contraculturales. ¿No sopla un aire demasiado familiar entre aquel diagnóstico de Callaghan, las posteriores interpretaciones meramente economicistas -socialdemócratas o marxistas- del neoliberalismo que han hegemonizado el discurso de las izquierdas organizadas y las actuales formas de nostalgia fordista que comparten amplias capas de las izquierdas, sobre todo tras el colapso del ciclo de cambio político iniciado tras la crisis financiera de 2008? ¿No podemos hoy (¡y debemos!) situar la posibilidad misma de aquella hegemonía neoliberal desde la previa o paralela incomunicación entre las ontologías del trabajo que sostuvieron los discursos de la izquierda y las formas contraculturales que expresaban un deseo de transformación y emancipación de las identidades, los horizontes y los imaginarios que prometían esos mismos discursos? ¿Debemos reducir esas formas de deseo a una mera expresión o reflejo de las mutaciones del capitalismo, de manera que las izquierdas organizadas queden liberadas de la responsabilidad histórica de no haber sido capaces de darles un espacio y, sobre todo, un tiempo, es decir, un horizonte, a esos deseos? Es más, el juego de depuración afectivo que ordena el campo político mediante una frontera estable entre un nosotros colectivo, cooperativo y unitario enfrentado al otro neoliberal atomizado y animado exclusivamente por el deseo de acumulación y valorización, ¿no forma parte de esta misma lógica exculpatoria de las izquierdas, incapaz de darle un lugar a las gramáticas de la emancipación, la libertad y la autonomía? ¿No hay algo en las razones históricas de ese otro neoliberal y, sobre todo, en la condición de posibilidad de su hegemonía que, por más desfigurado, invertido o pervertido histórica y socialmente que se quiera, formaba parte de un deseo que anidaba también en *nosotros*?

Claro que para hablar de (o desde) ese *nosotros,* tenemos que aceptar primero que este lugar de enunciación es el de una identidad evanescente y necesariamente virtual, en tanto que resultado de un diálogo o una articulación entre mundos que, desde los años 70, quedaron incomunicados, si es que alguna vez llegaron a comunicar del todo. Es, por tanto, un nosotros siempre posible y siempre negado, fruto de una potencia nunca realizada o actualizada, seguramente latente en todos los procesos de agregación o articulación política recientes, esos momentos populistas que interpelaron a un sujeto político profundamente heterogéneo que no terminó de desembarazarse de formas nostálgicas de imaginación que, como *lo real* lacaniano, parece que siempre acaban por volver con tozuda impotencia.

13. Referencias

Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal.

Boyms, S. (2015): *El futuro de la nostalgia*. Machado Libros.

Brown, W. (1999): "Resisting Left Melancholy" boundary 2 Vol. 26, No. 3 (Autumn, 1999), pp. 19-27, Published By: Duke University Press.

Fisher, M. (2013): "A social and psychic revolution of almost inconceivable magnitude": Popular Culture's Interrupted Accelerationist Dreams, E-flux journal, Issue 46.

Fisher, M. (2019): *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos.* Caja Negra.

Butler, J. (2019): "El marxismo y lo meramente cultural" en Fraser, N. y Butler, J. *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate entre marxismo y feminismo.* Traficantes de sueños.

Hall, S. (2018): *El largo camino de la renovación. El thatcherismo y la crisis de la izquierda.* Lengua de Trapo.

Jameson, F. (1991): *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*. Paidós.

Koselleck, R. (2001): *Los estratos del tiempo: estudios sobre historia*. Paidós.

Todd, S. (2018): *El pueblo. Auge y declive de la clase obrera británica (1910-2010)*. Akal.

Žižek, S. (1991): *Porque no saben lo que hacen. El goce como factor político*. Paidós.